

pone de hombres y de mugeres, cosa muy comun en aquellos remotos tiempos.

He ahí pues como se halla completa la Tebaida española. Qué le puede envidiar á la de los Pablos y de los Pacomios? Como aquella tiene sus héroes, como aquella tiene sus anacoretas, como aquella tiene sus mártires, como aquella tambien tiene sus mugeres y sus santas.

No veis sino como destaca del cuadro la hermosa y espléndida figura de Benita, la Santa Benedicta que prefiere habitar el yermo inmediato á donde vive San Fructuoso, á vivir en el palacio con el noble godo que habia contraido con ella esponsales y que la brindaba con su amor inmenso como sus tesoros?

Admiradla todos á esa muger, admirad la firmeza con que desecha los ruegos y amenazas de su curador, las súplicas y las protestas de su amante. Todo lo abandona por el desierto, todo lo desprecia por la cruz de madera al pié de la cual se postra fervorosa en el rincon de la gruta solitaria, donde no se ve turbado su sueño como en su palacio por los ecos de la muelle serenata que suspira amores al pié de sus ventanas, sino por los rugidos de las fieras que huelen la carne fresca ante la piedra con que cierra de noche su morada.

La constancia, la firmeza, el amor divino la alientan y no la abandonarán jamás. Su suerte está echada, su camino trillado, su resolucion hecha. Si ha brillado en la corte, deslumbrante de galas y de belleza, vestirá el tosco y burdo sayal de la penitencia; si en los banquetes mas opulentos ha comido de los manjares mas esquisitos y bebido de los mas deliciosos vinos, sufrirá en el desierto el hambre mas espantosa y la sed mas devoradora; si ha arrastrado por el suelo de las grandes ciudades las mas lujosas telas y mas ricas vestiduras, ya no arrastrará mas que su desnuda carne entre la ceniza, las piedras y la paja con que mortificará sus miembros; si ha visto en fin á cien amantes postrarse cada dia y á cada momento á sus piés con el corazon lleno de esperanza, ella se postrará ahora cada dia y cada momento á los piés de la cruz con el alma abrasada de amor divino.

Oh! santa muger! poética, lujosa, y arrobadora figura de la española Tebaida!

Y aun no es esto todo. Todavía quedan otras cimas de los mismos montes, otros rincones del mismo desierto donde nos aguardan otros santos solitarios.

Veis á ese hombre que camina encorvado, no tanto por los años como

por la penitencia, y cuyos labios murmuran continuamente el rezo que continuamente brota como un perfume de la flor de su alma?... Es otro eremita, es otro anacoreta, es otro morador del yermo, es San Fructuoso.

Numerosos peregrinos corren á postrarse á los piés de este ilustre solitario, precipítanse en tropel á su encuentro, hierven los discípulos á su lado, camina por entre riscos y se ve sitiado por la multitud. Esto disgusta al solitario que quiere estar solo consigo mismo, que quiere estar solo con Dios.

Fructuoso huye de la muchedumbre que le persigué, que acude de todas las provincias á la fama de su virtud, y se interna en la region montuosa, donde hubiera pasado sus dias en la meditacion y en el recojimiento, si no se le hubiese arrancado á su soledad querida para volverle al mundo, para ceñir una despues de otra, las mitras de Dumium y Braga (4).

Pero no nos apartemos de los montes, no abandonemos nuestra poética Tebaida. Aun nos toca escuchar el relato mas maravilloso, la leyenda que iguala á la de Antonio el cenobita que á su voz vió llegar mansos los leones para cavarle la tumba de su compañero Pablo.

Escuchadla.

Bajo los rayos de un sol de verano que parecen caer á plomo sobre su cabeza desnuda, un jóven camina sin descanso, con precipitacion, sin parecer fatigado á pesar de su paso vivo y de su edad casi infantil. En efecto, puede tener catorce años todo lo mas, sus cabellos rubios se ensortijan sobre su frente blanca y delicada, sus facciones puras demuestran en sus rasgos una firmeza superior á su edad, la mirada límpida y clara de sus ojos azules se clava en el horizonte como interrogándole.

Quién es ese jóven? Dónde camina? qué objeto le guia?

Ha salido de Alava su patria, al amanecer, abandonando la casa de sus padres. Se llama Prudencio. Se dirige al yermo ilustrado por tantos solitarios. Va en busca de un eremita llamado Saturio, un santo varon que vive retirado en el fondo de una cueva donde pasa penitente sus dias rodeado de una aureola de santidad. La fama de las virtudes de Saturio ha sonado á oídos del jóven que se ha sentido lleno de un ardor juvenil para ir á habitar el desierto en compañía del nombrado anacoreta. Quiere buscar su morada, quiere pedirle que parta con él su choza y sus raices, quiere demandarle que le deje apoyar su frente en la misma piedra que le sirve de almohada, y rezar al pié de la misma cruz que le sirve de altar.

(1) Rodriguez Ferrer.

El jóven atraviesa sin vacilar y no sin costosas marchas y sin penosos obstáculos, las ásperas é incultas sierras que lindan con las riberas del Ebro y llega junto al caudaloso rio que ofrece á su vista un verdadero brazo de mar. Prudencio se detiene ante aquel poderoso obstáculo, mira á todas partes y ve en la orilla opuesta, sentado al pié de su gruta formada entre un grupo de peñas, á Saturio el mismo ermitaño á quien anda buscando para imitarle en su vida penitente.

El jóven le hace señas y estiende hácia él sus brazos como para decirle: — Yo quisiera llegar hasta tí.

Saturio ve perfectamente las señas, comprende la intencion del muchacho, pero no teniendo allí ninguna navecilla ni otro medio cualquiera para pasar el rio, contesta tambien por señas como diciéndole: — Bien ves que no puedo ir á buscarte.

Entonces Prudencio se arrodilla devotamente sobre la húmeda arena, alza los ojos y los brazos al cielo y le dirige una fervorosa y corta oracion. En seguida se levanta y á los ojos del ermitaño que le mira hacer asombrado, pone un pié sobre el agua cual si fuera un terreno firme y, como en otro tiempo San Pedro sobre los mares de Judea, atraviesa resuelta y rápidamente el rio sin ni siquiera mojarse sus sandalias.

Imposible es describir la sorpresa de Saturio. Apenas ha llegado el mancebo á la orilla, cuando el ermitaño cae de rodillas á sus piés y saluda con efusion y gratitud al jóven favorito del Señor que se digna ir á pedirle la hospitalidad de su pobre pero cristiana morada.

Así que le ha referido el mancebo sus proyectos, el anacoreta torna á postarse reverente á sus plantas y le dice:

— Tuya es esta gruta. Yo no soy mas que tu siervo.

Siete años vive Prudencio con Saturio. Muerto este al cabo de dicho tiempo, el jóven manda tapiar la cueva y parte á Calahorra donde recibe las sagradas órdenes llegando á ser obispo de Tarazona, destino que santamente cumplió hasta su muerte acaecida en Osma.

Su fallecimiento causó un gran dolor á los habitantes de su ciudad, quienes reclamaron sus cenizas, queriendo al menos poseer el cuerpo de su pastor amado. Tratóse pues de transportarle de Osma á Tarazona.

Dispúsose el clero para acompañar los restos queridos, pero cuando se quiso levantar el féretro para llevarle á dicha ciudad, resistió á todos los esfuerzos humanos. El ataúd parecia retenido en el suelo por manos de bronce. Renovaron varias veces la tentativa y siempre en vano, no pudieron le-



El ermitaño con de rodillas á sus pies.

vantarlas. Entonces viendo patente el milagro, decidieron renunciar aguardando que el santo les indicara su voluntad. Esta no se hizo esperar. Apenas sus manos hubieron soltado la mórtuoria caja, cuando esta se levantó por sí sola y como si tuviera pies, echó á correr desalada, subiendo y bajando las cuestas que hay de Osma á Logroño, atravesó la cadena de montañas, cruzó el arroyuelo de Liria y subiendo por fin á un collado, se detuvo ante la puerta de la gruta donde el santo obispo habia pasado, huesped de Saturio, los siete primeros años de su ascética vida.

Allí fué enterrado San Prudencio y allí mismo se labró despues un monasterio con la advocacion de San Vicente en honra de aquel santo prelado.

Tal es la tradicion piadosa.

He descrito como mejor he sabido el cuadro que ofrece nuestra Tebaida con los penitentes moradores que allí se han entregado á la vida ascética y contemplativa; he querido hacer notar que los atrevidos picachos de los montes de Rioja han servido de habitacion á nuestros solitarios que nada han tenido que envidiar por cierto á los tan renombrados de Oriente. Mi objeto pues está cumplido.

Ahora debo ya entrar á decir algo del monasterio cuyo nombre famoso menciona estas líneas.

II.

EL ESCORIAL DE LA RIOJA.

NADA diremos de la opinion de los historiadores que al hablar de este monasterio se dividen en dos bandos, asegurando unos ser San Pedro de